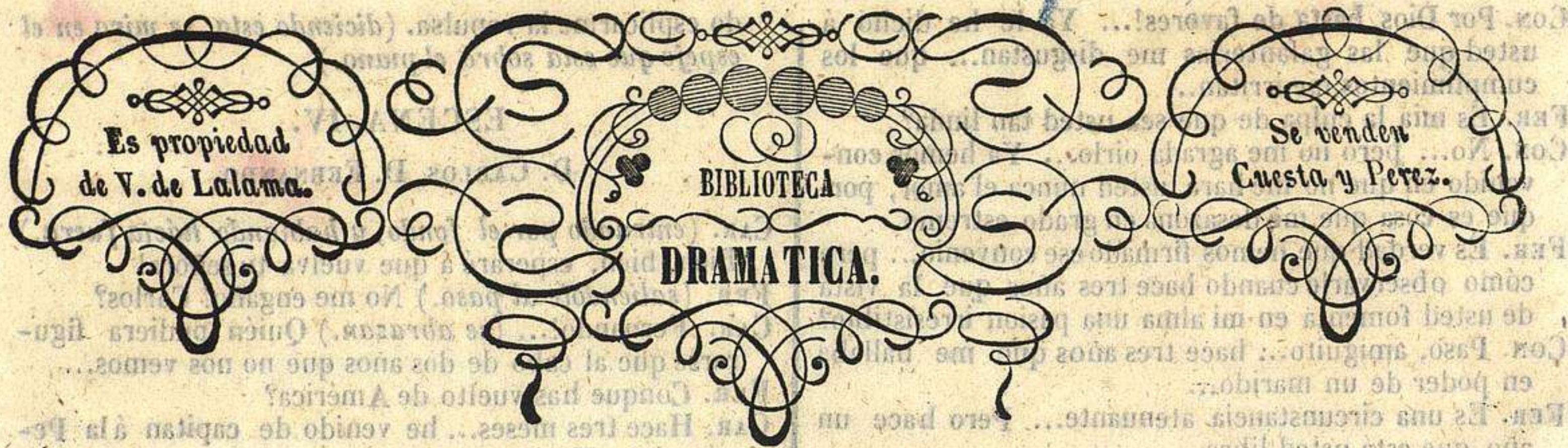


829



# HACIENDO LA OPOSICION...

Proverbio en un acto y en prosa por D. Ramon de Valladares y Saavedra, representado con aplauso en el teatro del Instituto Español, el dia 24 de diciembre de 1854.

- PERSONAGES. ACTORES.**
- LA CONDESA DE LA GRANJA..... Sra. Monterrozo.
  - DON CARLOS ROMERO, capitán de artillería..... Sr. Pardiñas.
  - DON FERNANDO DE VARGAS, abogado..... Sr. Albalade.
  - UNA DONCELLA DE LA CONDESA, (personaje mudo.)..... Senorita N.

La escena pasa en Madrid, en el cuarto de la Condesa.

Un tocador elegante. Puerta al fondo, y otra á la izquierda, en tercer término; en frente de esta puerta, á la derecha, un balcon; á la izquierda en primer término, una chimenea; á la derecha, frente de la chimenea, un piano, encima del cual hay un espejo grande; á la izquierda en primer término, un velador pequeño, sobre el cual hay libros de moda, periódicos, etc., etc.; á la derecha otro velador mas grande, encima del cual hay una campanilla, papel, plumas y tinta, una canastilla de labor y un bastidor pequeño, en el que hay empezado un bordado de tapiceria; butacas, sillones, etc.; mueblage muy elegante.

## ESCENA PRIMERA.

D. FERNANDO, solo.

(entra por el fondo trayendo bajo el brazo un gran royo de papeles.) Me han dicho que la linda Condesa de la Granja está en una misa de boda, pero que no puede tardar en volver... (poniendo los papeles sobre el velador de la derecha.) La esperaré en este delicioso camarín... Aquí es donde constituye el templo de sus gracias la diosa!... (contemplando la buta-

ca que está al lado del velador de la izquierda.) Aquí mece sus encantos!... (se sienta.) Ah! Como sueña mi ardiente imaginacion de abogado!.. Cuán impresionable es mi corazon! (la Condesa entra por el fondo, seguida de su doncella.)

## ESCENA II.

D. FERNANDO, LA CONDESA, UNA DONCELLA.

CON. (al entrar, dice.) Si se presenta ese caballero dígame usted que no recibo. (dá el sombrero y el abrigo á la doncella, la cual salé por la puerta de la izquierda.)

FER. (que se ha levantado asi que entró la Condesa.) La diosa! (alto.) Divina condesa!..

CON. Ah!... Es usted, Fernando?

FER. Acabo de llegar.

CON. (poniendo su devocionario sobre el velador de la izquierda.) Yo vengo de una misa de boda... la de Carolina de Vallehermoso... Otra víctima mas!

FER. Es usted muy severa!.. Y se funda en eso el aire de disgusto que revela su semblante?

CON. No!... Un jóven.. un indiscreto, me persigue obstinadamente con sus visitas hace ocho dias, dejándome tarjetas... bajo pretexto de que es mi nuevo inquilino.

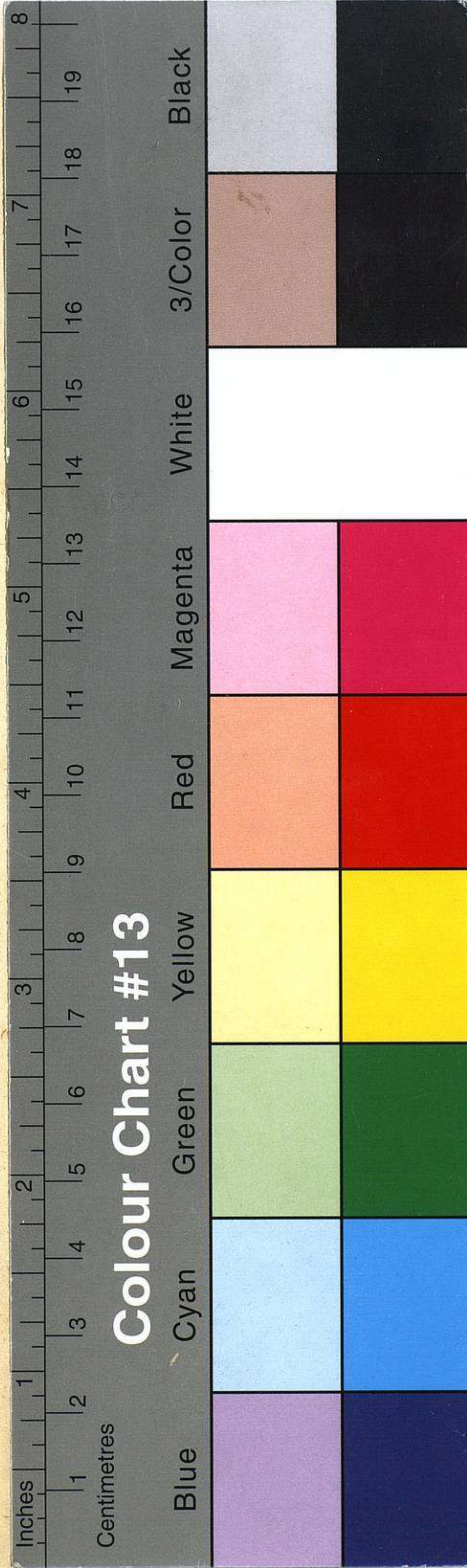
FER. Tal vez tenga que pedir á usted algunas reparaciones...

CON. (sonriéndose.) Razon de mas para no recibirle!.. Ademas, es muy posible que sea algun nuevo adorador que el cielo me envia...

FER. Ah! No le reciba usted...

CON. A qué debo el honor de verle á usted tan de mañana?

FER. Un asunto importante... que revelaré á usted asi que me halla estasiado en su belleza...





## Haciendo la oposicion...

CON. Por Dios, basta de favores!... Ya le he dicho á usted que las galanterias me disgustan... que los cumplimientos me irritan...

FER. Es mia la culpa de que sea usted tan linda?

CON. No... pero no me agrada oirlo... Ya hemos convenido en que no me hará usted nunca el amor, porque es cosa que me desazona en grado estremo.

FER. Es verdad que hemos firmado ese convenio... pero cómo observarle cuando hace tres años que la vista de usted fomenta en mi alma una pasion irresistible?

CON. Paso, amiguito... hace tres años que me hallaba en poder de un marido...

FER. Es una circunstancia atenuante... Pero hace un año que está usted libre...

CON. No quiero ser mas esclava... He renunciado para siempre al matrimonio... La triste prueba que he sufrido, me pone en el caso de no intentar una segunda.

FER. Pero habrá usted sido sacrificada...

CON. (*levantándose.*) Como todas las mugeres lo son... Convengo en que mi marido tenía esclentes cualidades, pero desgraciadamente hacia mucho tiempo que poseia cincuenta y siete años, y una gota horrible con todas sus prerogativas... Mal humor, impaciencia, ira... Por lo demas era muy amable cuando estaba bueno... si bien no lo estaba en los diez meses primeros de cada año... Juzgue usted de mi felicidad!

FER. Si... pero qué queria usted esperar de cincuenta y siete años, y de una gota horrible?

CON. Por desgracia todos los maridos se asemejan; jóvenes ó viejos, el mejor vale bien poco.

FER. La conclusion es dura.

CON. (*animándose.*) Todos son orgullosos ó ligeros; déspotas y pérfidos... Me dirá usted que algunas veces se les vé amables y complacientes... lo concedo... Pero esto sucede cuando quieren exigirnos algun capricho ó cuando necesitan perdon para algun pecado de gran magnitud... Oh! entonces son la esencia de la dulzura, el extracto de las caricias... ni el gato es mas traidor, ni el perro mas sumiso que ellos... pero conseguido el objeto, recobran bien pronto su tirania. Asi, pues, Fernando, si no quiere usted que le deteste, le aconsejo sinceramente que no me ame. (*se sienta junto al velador de la derecha.*)

FER. Tomo acta del fallo, y daré traslado á mi corazon.

CON. Cuanto antes, no es verdad?

FER. (*yendo al lado de la Condesa.*) Vengamos al objeto de mi visita. Necesito que me otorgue usted un poder en toda regla para la espropiacion que tenemos entablada... (*le presentu un papel de los del legajo.*)

CON. Deme usted... firmo ciegame... (*firma.*) No entiendo nada de estos laberintos curiales... Con este son tres los litigios que descubre usted en la sucesion de mi marido.

FER. (*guardándose el poder.*) Felizmente... es el único medio de ver á usted con frecuencia...

CON. (*levantándose.*) Vamos... es usted incorregible... (*con una profunda cortesia.*) Adios, Fernando...

FER. (*id.*) Qué crueldad!... (*la Condesa sale por la izquierda.*)

### ESCENA III.

D. FERNANDO, solo

Estas son las mugeres!... Volátiles, seductoras y agrestes. Por qué medio aprisionarlas? Si yo fuese feo y careciese de talento, comprenderia la derrota... pero hallándome favorecido de la naturaleza, no pue-

do explicarme la repulsa. (*diciendo esto, se mira en el espejo que está sobre el piano.*)

### ESCENA IV.

D. CARLOS, D. FERNANDO.

CAR. (*entrando por el fondo, y hablando hácia fuera.*)

Bien, bien, esperaré á que vuelva tu señora!

FER. (*saliéndole al paso.*) No me engaño! Carlos?

CAR. Fernando!... (*se abrazan.*) Quién pudiera figurarse que al cabo de dos años que no nos vemos...

FER. Conque has vuelto de América?

CAR. Hace tres meses... he venido de capitan á la Península... Y tú?

FER. Yo soy abogado, como antes... y estoy enamorado como nunca...

CAR. Enamorado!...

FER. Y lo que es peor, rechazado por la dama de mis pensamientos, que entre mil dotes, posee la inapreciable de quince mil duros de renta...

CAR. Desesperado es el caso...

FER. Inútilmente me obstino... la Condesa de la Granja es inespugnable.

CAR. Cómo! Esa jóven viuda?... Es ella?...

FER. La misma... Debes conocerla.

CAR. No: está es la primera visita que la hago como nuevo vecino; hace ocho dias que habito el entresuelo.

FER. Pues oye un consejo, por lo que pueda valerte; si no quieres llevarte chasco, no le hagas nunca el amor; la condesa es una muger incomprensible... Dice que todos somos déspotas y tiranos... y desprecia nuestros homenajes.

CAR. Magnífica conquista para emprenderla.

FER. Te ries?... Pues nada hay mas esacto... Se le dice que es linda, y se subleva; estoy seguro de que quisiera ser fea para probarnos nuestro error... Siempre de la opinion contraria; no sé qué medio emplear para que sea de la nuestra...

CAR. Ser de la suya; regla general, Fernando; las mugeres aman solamente á los que las odian.

FER. Estas de broma?

CAR. No; ademas, tengo un medio infalible, y si quisiera emprender el sitio de su corazon, en tres asaltos me apoderaba de la plaza.

FER. Quereis ser mi aliado? Formemos una alianza ofensiva y defensiva; quizás logres persuadirla que tengo talento, que soy amable...

CAR. Ese es el lado difícil de la empresa.

FER. En tus manos pongo mi felicidad... y los quince mil duros de renta... Adios, voy á mi estudio... Habla á la condesa... elógime mucho...

CAR. Trataré de justificar tu confianza.

FER. Pero no exajeres tanto mi mérito que...

CAR. Descansa tranquilo.

FER. La verdad, nada mas que la verdad... En ti confío... (*le estrecha la mano y sale por el fondo.*)

### ESCENA V.

D. CARLOS, solo.

Lo que acaba de decirme respecto de la Condesa, me incita mas y mas á intentar la aventura... Una muger tan bella!... Puedo confesármelo á mi mismo... Creo que estoy seriamente enamorado!... El pobre de Fernando!... Pero qué diablos puedo decir en favor suyo? Perderia el tiempo... Nada!... Vuelvo la espalda á mi aliado... y pongo en práctica el sistema de hacer la oposicion para llegar al poder... es un



medio infalible siempre. (viendo que se abre la puerta de la izquierda.) Ella es!

ESCENA VI.

LA CONDESA, D. CARLOS.

CON. (entrando por la izquierda.) Un hombre aquí!... Y nada me han dicho!... Caballero, á quien tengo el honor?...

CAR. (inclinándose.) Carlos Romero, capitán de artillería...

CON. Ah!

CAR. Y nuevo vecino de usted en el entresuelo. (Verdaderamente es encantadora!)

CON. (con frialdad.) Ya he tenido el gusto de recibir de usted un paquete de tarjetas... No le han dicho á usted que no recibo?

CAR. Si señora; pero he insistido tanto!... Tengo que pedirle á usted...

CON. Alguna compostura en el cuarto?...

CAR. Si señora; tengo una chimenea que echa mucho humo.

CON. (con sequedad.) Enviaré á usted mi apoderado... Nunca me mezcló en las chimeneas que echan mucho humo.

CAR. Usted dispense...

CON. Es eso todo lo que tenia usted que pedirme?...

CAR. Señora, tenia tantas cosas que pedir á usted... (la condesa le hace un saludo ligero.) pero...

CON. Beso á usted su mano...

CAR. (aparte.) Diablos! La entrevista seria demasiado corta! (alto, con resolucion y señalando la butaca.) Quiere usted tener la bondad de sentarse, condesa?

CON. (volviéndose asombrada.) Qué?

CAR. No puedo permitir que esté usted de pie.

CON. Pero caballero, me parece que soy quien debia...

CAR. Rehuser seria disgustarme.

CON. (con ironia.) Vaya!... por no disgustarle á usted... (se sienta junto al velador de la derecha.)

CAR. De este modo me proporciona usted la dicha de hacerla una visita.

CON. (aparte.) Que hombre mas tenaz!

CAR. (aparte.) Principio quieren las cosas! (va á sentarse junto al velador de la izquierda; la Condesa le vuelve la espalda, toma el bastidor de la tapiceria, y se pone á bordar sin hablarle; viendo esto Carlos, pone su sombrero sobre el velador de la izquierda, coje un libro y lee para sí; pasa un momento de silencio profundo.)

CON. (bordando ap.) Al menos, si es importuno, no es hablador... Se oiria volar una mosca! (se vuelve y ve á Carlos con el libro en la mano.) Ah! está leyendo!... Qué groseria!...

CAR. (para sí leyendo.) «Manual de buena educacion. Capítulo primero. De las atenciones que se deben á las damas.»

CON. Qué decia usted?

CAR. Yo? Nada, señora.

CON. Siento mucho haberle interrumpido.

CAR. No hay de qué. (vuelve á leer y la Condesa á bordar; nuevo silencio algo mas prolongado.)

CON. (tosiendo.) Hum!

CAR. (tosiendo tambien.) Hum!

CON. (id.) Hum! hum!

CAR. (id.) Hum! hum!

CON. Que conversacion mas rara tiene este caballero... (alto, volviéndose.) Caballero?

CAR. (volviéndose tambien.) Señora?...

CON. Qué está usted haciendo?

CAR. Una visita á usted.

CON. No lo hubiera notado! (Es un ente original.)

... (alto.) Yo creia que cuando se hace visita á una señora, habia otra cosa en que ocuparse, y no en leer.

CAR. Como usted bordaba, pensé que...

CON. El bordado no impide hablar...

CAR. (cierra el libro y lo vuelve al velador.) Hablemos.

CON. No deseo otra cosa. (se levanta.)

CON. Gracias al cielo!

CAR. (despues de un corto silencio.) Me parece que vá á cambiar el tiempo... Vá á llover antes de la noche.

CON. Es usted astrólogo?

CAR. No señora... (otro silencio.) Ha recibido usted noticias de Oriente?

CON. Me cree usted en correspondencia con el gran Turco?

CAR. Todo el mundo lo está... Su portero de usted dice que tiene nuevas muy recientes de la Puerta Otomana...

CON. Es que mi portero tiene relaciones con la Puerta... y yo no.

CAR. Es diferente... Pido á usted perdon por la indiscrecion.

CON. No hay de qué. (nuevo silencio.)

CAR. (tarareando.) Inflexible al honor militar pero blando al amante gemir...

CON. (vuelve á sentarse.)

CON. Es usted músico?

CAR. Cómo?

CON. Que si es usted músico?

CAR. Toco la flauta.

CON. Ya se conoce.

CAR. Cuanta bondad! (Parece que no le gusta la música.) (calla.)

CON. Cantaba usted alguna romanza nueva?

CAR. No señora... No conoce usted *El Valle de Andorra*?

CON. No voy mas que al teatro de Oriente... La música para mi es una cosa muy sagrada... Pero siga usted, ya se acerca la Noche Buena, y...

CAR. Lo siento... Cuando me interrumpen, me privan de todos mis medios...

CON. Paciencia!... Volvamos á nuestra encantadora conversacion.

CAR. He agotado todos mis recursos.

CON. Tan pronto?

CAR. (levantándose.) Qué quiere usted! Hablo de política y no le conviene á usted; me consagro á la música y recibo una censura... Póngase usted en mi caso y verá!

CON. (levantándose y poniendo el bastidor sobre el velador.) Usted cree que á una señora no puede hablarse mas que de política, ó cantarle el *Valle de Andorra*? Cuando se es hombre de mundo... y un poco galante... (Necesita esta leccion.)

CAR. Señora, yo soy muy galante...

CON. Lo mismo que músico. Desde el momento en que se consagran ustedes á las armas, olvidan sus principios y no saben dirigir una galanteria...

CAR. Señora eso es bueno para los pollos; ó para los ociosos... Ningun hombre formal...

CON. No obstante, conozco uno muy amable, por escepccion tal vez, don Fernando de Vargas...

CAR. Vargas es un imbécil!

CON. Qué?

CAR. Un tonto... lo que usted elija.

CON. Le conoce usted?

CAR. Es mi mejor amigo.



CON. Pues... adula usted á sus amigos.

CAR. Yo no adulo á nadie, señora.

CON. Medio infalible de desagradar á todo el mundo... Su amigo de usted, Vargas... su mejor amigo... es completamente su antípoda... No puede verme dos minutos sin decirme que soy linda, que soy adorable...

CAR. Hace mal... Ya le he dicho á usted que es tonto.

CON. (irónicamente.) Jesus! Qué finura!

CAR. Las mugeres no están muy dispuestas á creerse adorables; se les dice con tanta frecuencia!

CON. Pero existen cortesanos sinceros...

CAR. Señora, los cortesanos van perdiendo todos sus poderes.

CON. El nuestro es imperecedero.

CAR. Mientras dura la belleza de ustedes... cuando la tienen.

CON. Tengo la desgracia de no parecer á usted linda?

CAR. (mirando.) No está usted mal todavía.

CON. Todavía!... Pues qué, tengo aire de dueña?

CAR. Oh! Señora...

CON. Los disgustos son los que me han gastado; he tenido tantos tormentos en los dos años que fui casada!... Fueron dos años de infierno! Oh! no reemplazaré al difunto tan facilmente! (se vuelve á sentar.)

CAR. Será un acto de caridad cristiana.

CON. Qué es lo que quiere usted decir?

CAR. El difunto ha debido ser muy desgraciado.

CON. Vamos adelantando!... Y en qué se funda usted?

CAR. En la suerte de los maridos en general... No creo que el de usted haya sido mas favorecido que sus demas compañeros.

CON. Considere usted que las mugeres son las desgraciadas.

CAR. No señora... son los hombres!... Ay! tengo una triste esperiencia!

CON. Ah! Es usted...

CAR. Viudo... Esta desgracia me sucedió á los tres años de matrimonio; tres años que me serán contados, asi lo espero, por diez de purgatorio.

CON. (con despecho...) Había usted caído sin duda mal?

CAR. Como se cae siempre... con una muger coqueta y ligera; adornada de esplines y de nervios irritables con todas sus prerogativas; mal humor, impaciencia... ira... Por lo demas, una señora encantadora cuando estaba buena; pero estaba padeciendo los doce meses del año... No reemplazaré á la difunta tan facilmente! (vuelve á sentarse.)

CON. (levantándose.) No obstante, señor don...

CAR. Carlos...

CON. Señor don Carlos... hay mugeres que no tienen ni nervios, ni esplines; mugeres, en fin, que carecen de defectos.

CAR. Algunos espíritus crédulos prestan fé á esa paradoja... pero la muger sin defecto, es como ministro sin ahijados; se proclama la justicia... y la justicia es una palabra con ocho letras.

CON. Esa justicia, existe!

CAR. No lo crea usted!

CON. Si lo creo!

CAR. (levantándose y animándose.) No, lo repito!... Lea usted á Buffon, á Plinio, á Cubier... á todos los naturalistas.

CON. Los naturalistas son hombres!... A despecho de todos los sabios, sostengo que hay mugeres perfectas.

CAR. En la luna, tal vez; pero en nuestro planeta, es una especie desconocida... Tal vez con el tiempo un nuevo Colon...

CON. Esto es demasiado!

CAR. Pido á usted mil perdones por la franqueza... Ya le he advertido á usted que soy demasiado claro.

CON. Me concederá usted que esa claridad es algo inoportuna.

CAR. Veo que la he herido á usted involuntariamente; me lamento de ello... y me retiro.

CON. No le detengo á usted.

CAR. (tomando su sombrero.) Tengo el honor de saludarla, condesa... (se aleja.)

CON. (secamente.) Adios!... (pasa á la izquierda.)

CAR. (volviendo.) Cuando tendré el gusto de volverla á ver?

CON. Oh!... no me urje...

CAR. Dentro de tres semanas... un mes...

CON. Eso lo mas pronto...

CAR. (saludando.) Condesa... (se aleja.)

CON. Caballero... (llamando á Carlos que está ya junto á la puerta.) Diga usted...

CAR. (volviendo.) Señora...

CON. Cuando vuelva usted á verme, tratará de saber alguna cosa mas nueva que el Valle de Andorra?

CAR. Ahora voy á abonarme al teatro de Oriente.

CON. Asi reformará usted su gusto...

CAR. Renuevo mis respetos... (saluda.)

CON. Reitero mi saludo... (id.) (Carlos sale por el fondo.)

## ESCENA VII.

LA CONDESA, sola y muy agitada.

Estraña visita!... Qué es lo que ha venido á hacer este hombre á mi casa?... Ha venido para decirme que soy fea; que hay mugeres amables en la luna, y para cantarme el Valle de Andorra? Oh! es una impertinencia del peor gusto... He hecho mal no hablándole mas claro... Si otra vez llega á presentármese... (se sienta junto al velador de la izquierda y toma un libro, que arroja al momento con impaciencia.)

## ESCENA VIII.

LA CONDESA, D. FERNANDO.

FER. (entrando por el fondo.) Celebro encontrar á usted, condesa...

CON. Si, llega usted á tiempo!

FER. En efecto, el timbre de esa voz tan armoniosa de costumbre...

CON. Qué desea usted?

FER. Me trae aqui una circunstancia muy estraña... Había encargado el último litigio de usted á mi primer pasante, por lo cual no conocia á nuestro adversario... Pero una casualidad acaba de descubrirme quién es; contra quién cree usted que pleiteamos? Contra uno de mis mejores amigos... contra un jóven llamado Carlos Romero...

CON. Que vive en esta misma casa?

FER. El mismo.

CON. Acaba de salir de aqui!

FER. Es un jóven encantador, amable... y sobre todo, de una galantería...

CON. Caballeresca.

FER. (aparte.) Es preciso elogiar á mi protector! (alto.) No le ha hablado á usted de mi?

CON. (sonriéndose.) Si... me ha dicho cosas muy lindas...

FER. (Que buen amigo!... Cá! si yo tengo un ojo!...) (alto.) Interésese usted por él, condesa; ha sufrido desgracias muy grandes...



CON. Si?  
 FER. El infeliz ha devorado sus bienes, un tio y dos tias.  
 CON. Qué apetito!  
 FER. Oh! es un trinchante soberbio!... Pero posee un cierto tio, al cual no ha podido conquistar, y que nos propone un arreglo, con tal de que se case su sobrino.  
 CON. Cómo!... Quiere que se case?  
 FER. Es una idea fija en el betusto señor.  
 CON. (levantándose.) Pero no es viudo el don Carlos?  
 FER. De quién?... No habiéndose casado, es difícil que esté viudo...  
 CON. (aparte.) Que rareza!... Se habrá burlado de mi?  
 FER. En su consecuencia, vengo á proponer á usted...  
 CON. (sin escucharle.) (Pero con qué objeto?)  
 FER. Vengo á proponer á usted...  
 CON. (igual juego, pasando á la derecha.) Lo adivino!... Ha querido fingirse hombre razonable!...  
 FER. (siguiéndola.) Propongo á usted una conciliacion...  
 CON. (aparte, pasando á la izquierda.) He sido la víctima!... Estoy furiosa!...  
 FER. (aparte.) En que estará pensando?  
 CON. (aparte.) Pero si vuelve... si vuelve me vengaré!  
 (vuelve á pasar á la derecha, y se sienta junto al velador.)  
 FER. (acercándose á ella.) Propongo á usted que nos conciliemos con ese jóven encantador...

ESCENA IX.

LOS MISMOS, D. CARLOS.

CAR. (entrando por el fondo.) Pido á usted un millon de escusas...  
 FER. Oh! felicidad!... Aqui le tenemos justamente.  
 CON. (aparte.) Tan pronto!  
 CAR. (aparte.) Todavia aqui este imbécil!  
 FER. No podias llegar mas á tiempo; hablaba de tí con la condesa, y deciamos...  
 CAR. (bajo.) Me fastidias!  
 FER. (id., asombrado.) Qué?  
 CAR. (id.) Vete!  
 FER. (id.) Ahora no tengo que hacer...  
 CAR. (id.) No importa... vete á pasar... Necesito hablarla á solas.  
 FER. (id.) De mi pasion?  
 CAR. (id.) Si.  
 FER. (id.) Entonces me voy al Retiro... á ver los osos!... Es un animal que me gusta mucho... Pero volveré.  
 CAR. (id.) Lo mas tarde posible.  
 CON. (aparte.) Qué estarán hablando?  
 FER. (bajo, á Carlos, estrechándole la mano.) Lo sé todo!... Ya sé que has dicho de mi cosas!... Qué buen amigo eres!... (alto.) Dispénsame usted, condesa; un negocio importante me reclama... Aqui queda un amigo que sabrá defender mis intereses... (bajo á Carlos.) Apriétala, firme!  
 CAR. (id.) Descansa tranquilo!  
 CON. (aparte.) Qué lección le aguarda! (Fernando sale por el fondo; Carlos le acompaña hasta la puerta, la condesa pasa á la izquierda.)

ESCENA X.

LA CONDESA, D. CARLOS.

CON. Me ha sorprendido mucho, señor don Carlos, la pronta vuelta de usted... Por ventura, hace ya un mes que no nos vemos?... Cómo pasa el tiempo!

CAR. Señora, he olvidado mis guantes... y vengo por ellos.  
 CON. Los guantes?... No son los que tiene usted puestos?  
 CAR. Es verdad... Soy tan distraido...! En fin, puesto que he vuelto, rogaré á usted me conceda permiso para hacerla mi segunda visita.  
 CON. La primera me ha dejado tan satisfecha, que no puedo rehusar la segunda.  
 CAR. No obstante, si la incomoda á usted...  
 CON. De ninguna manera... Ahora estoy dispuesta á recibir... á usted ó á otro cualquiera... (se sienta junto al velador de la izquierda.)  
 CAR. Es usted muy amable! (se sienta junto al velador de la derecha.)  
 CON. Sabe usted que acabo de hablar con Fernando?  
 CAR. No habrá usted estado muy á gusto...  
 CON. Es verdad... giraba sobre usted la conversacion...  
 CAR. Entonces retiro la frase...  
 CON. Es usted muy modesto.  
 CAR. Esa es una de mis cualidades.  
 CON. Dígame usted, señor... filarmónico... su muger de usted era música tambien?  
 CAR. Como Rossini, señora!  
 CAR. Tocaba quizás la pandereta?  
 CAR. (riéndose.) Señora, como puede usted pensar que mi muger... (hace el simulacro de tocar la pandereta en su sombrero.)  
 CON. Como usted toca la flauta...  
 CAR. En mi familia todos hemos tocado la flauta.  
 CON. Y era su señora de usted blanca, ó morena?  
 CAR. (levantándose y acercándose á la condesa.) Se interesa usted mucho por mi muger...  
 CON. Considerablemente! Y como Fernando no ha podido decirme nada acerca de ella...  
 CAR. Nada tiene de extraño, no la conoció.  
 CON. La tenia usted en algun fanal?  
 CAR. Si señora; es la costumbre en América.  
 CON. (levantándose.) Ah!... Se casó usted en América? Daria usted su mano á alguna criolla...  
 CAR. (con seriedad cómica.) Me casé con una descendiente de Arauco!  
 CON. Familia célebre! Con que la señora de usted sería negra?  
 CAR. No; era chocolate.  
 CON. Bonito color! Y sus hijos de usted?  
 CAR. Ay! El cielo no me los dió!  
 CON. Qué lástima!... Probablemente hubieran sido azafran...  
 CAR. Hicimos lo posible... pero mi muger era estéril como el desierto!  
 CON. Asi es como se pierden las bellas razas! Pero sabe usted que no puedo olvidar lo que me ha dicho usted hace poco? Me ha herido usted pretendiendo probar, que no hay mugeres amables, y que puedan hacer la felicidad de su marido... He resuelto, señor escéptico, atraerlo á usted á sentimientos mas justos.  
 CAR. Será muy difícil.  
 CON. Tal vez.  
 CAR. Y qué piensa usted para conseguirlo?  
 CON. Predicar el ejemplo... volviéndome á casar.  
 CAR. El medio es heroico.  
 CON. Asi demostraré á los incrédulos, que tengo razon; me casaré con un hombre á quien amaré, á quien haré feliz... por despecho, por venganza!  
 CAR. Mortal predestinado! Los pretendientes van á llegar en turbas...  
 CON. Seria inútil; tengo hecha mi eleccion; he puesto los ojos en un hombre que con dificultad nadie me



do robaria... Los hombres son tan ligeros!...  
 CAR. (vivamente.) Los hay que no la son, señora.  
 CON. (riéndose.) Si, los ha visto usted?...  
 CAR. Los he visto...  
 CON. En dónde? En la luna?  
 CAR. No he ido nunca allá... Y puede saberse quién es el caballero elegido?  
 CON. Adivínelo usted.  
 CAR. No soy muy fuerte en charadas.  
 CON. Es un caballero ni bonito, ni feo; de un cuerpo bastante vulgar, con un rostro... de pasaporte... con un talento y un trato menos que agradables.  
 CAR. Tiene todas las condiciones para marido.  
 CON. Adivina usted ahora?  
 CAR. No señora.  
 CON. Puesto que es preciso decírselo á usted, es...

## ESCENA XI.

LOS MISMOS, D. FERNANDO.

FER. (entrando por el fondo, con gaban de gomá.) Soy yo... no hay que molestarse.  
 CON. (á Carlos.) El mismo se anuncia.  
 FER. (aparte.) Debí comprenderlo! Es capaz de tanta locura por despecho!...  
 FER. (bajo á Carlos.) He vuelto porque llueve á cántaros; he tenido que comprar en el camino este mueble... (se quita el gaban.)  
 CON. Considere usted que está lloviendo en mi tocador...  
 FER. Dispense usted, condesa, voy á dejarlo en la antecámara... (sale por el fondo.)  
 CAR. (con mofa.) Felicita á usted por la eleccion.  
 CON. Gracias.  
 CAR. Ni fabricado espresamente.  
 CON. Soy de la opinion de usted.  
 FER. (volviendo por el fondo.) De qué opinion?Cuál es la opinion de usted, condesa?  
 CON. Que tengo algunas órdenes que dar, y necesito dejar á usted un momento con este caballero?  
 CAR. Por mí no se moleste usted.  
 CON. (pasando al lado de Fernando.) No se aleje usted, mi querido Fernando; tenemos que hablar á solas.  
 FER. (aparte.) A solas!... Voy por el cura...  
 CAR. Tendré tambien el honor de volver á ver á usted?  
 CON. Puede usted volver dentro de dos ó tres meses, yo recibo siempre á mis amigos.  
 CAR. (inclinándose.) Es un favor inapreciable (ofrece el brazo á la condesa, y esta toma el de Fernando, saliendo por la izquierda.)

## ESCENA XII.

D. FERNANDO, D. CARLOS.

FER. (loco de alegría, volviendo al lado de Carlos, despues de haber acompañado á la condesa hasta la puerta.) Ah! Cuánto te debo! Cuanto! Lo que es un buen amigo! No viste con qué gracia me dijo, poniendo aquella boquilla de azucena... «mi querido Fernando, tenemos que hablar á solas!»  
 CAR. (aparte.) Ahora lo verás!  
 FER. Ah! debo confiarte un descubrimiento que he hecho. No sabes que eres deudor nuestro?  
 CAR. Yo?  
 FER. Tú; la que te persigue judicialmente es la condesa. No lees los extractos?  
 CAR. Jamás!

FER. Lo mismo que yo; pero todo lo arreglaré en pago y del favor que me haces, porque mis amores van viento en popa!

CAR. Te engañas! Toda mi elocuencia no ha podido obtener nada en tu favor.

FER. Pues entonces, cómo se explica la dulzura con que...

CAR. Para que tragues la pildora mas facilmente.

FER. Desgraciado de mi!

CAR. Pero si quieres seguir mis consejos, aun no está perdida la esperanza.

FER. Habla pronto.

CAR. Sin pérdida de segundo, corre á decirle que no la quieres...

FER. Que atrocidad! Va á ponerse furiosa!

CAR. No conoces á las mugeres! Agóvielas usted de elogios y le despreciarán con mil desdenes, y todo se malogra; pero si por el contrario, no repara usted en ellas; si se muestra usted indiferente á sus encantos... y si llega usted hasta... hasta despreciarlas, de cierta manera delicada, entonces es diferente, es usted un fátuo, un impertinente que causa horror, que es digno de odio, pero al que es justo corregir haciéndose adorar de él. Nada! Ellas solitas se vienen á la mano.

FER. Me iluminas, me iluminas eléctricamente! Y para empezar voy á significar á la condesa...

CAR. Soberbio!

FER. Que el casamiento es un estado en el que se corren demasiados peligros.

CAR. Maravilloso!

FER. Que todas las mugeres son coquetas!

CAR. Piramidal!

FER. Y que los maridos...  
 CAR. Son estúpidos!

FER. Ese era mi pensamiento!

CAR. En tanto que recobras tu dignidad, voy á fumar-me un cigarro en la calle de la Montera. (aparte.) Veremos si se me escapa la rebelde viudita! (alto.) Adios, y buena fortuna!

FER. Gracias, mi jóven salvador! (Carlos sale por el fondo.) Le he de levantar una estatua! Y hay todavia quien dude de la amistad? Ahora, nada de debilidad, aplomo y sangre fria. (tararea con énfasis.)

ESCENA XIII.

D. FERNANDO, LA CONDESA; despues LA DONCELLA.

CON. (entrando por la izquierda.) Dispéñeme usted, amigo, si le he hecho esperar...

FER. (aparte.) Firmes! hum! hum! Nada de cuartel!

CON. Me esperaba la modista y... Qué es esto, tiene usted las facciones desfiguradas!

FER. Yo? Cá! Disparate! Es que esperando á usted, reflexionaba sobre el casamiento y las mugeres...

CON. Si?

FER. Y el resultado de mis meditaciones, no les ha sido muy favorable.

CON. A quién?

FER. A las mugeres.

CON. No le comprendo á usted; tan pronto ha cambiado de modo de ver?

FER. Cosa muy frecuente! Se esclarece uno, se instruye, y yo me he esclarecido.

CON. Confieso á usted mi asombro! Usted, que nos hablaba á todas tan amables!

FER. Vá! vá!

CON. Tan encantadoras!

FER. Ta... ta... ta... ta...



CON. Sin defectos...  
 FER. Tu... tu... tu... tu...  
 CON. Qué es lo que quiere usted decir?  
 FER. Quiero decir, que se han constipado mis opiniones.  
 CON. Y de dónde proviene el cambio de temperatura?  
 FER. Proviene de que las mugeres son objetos demasiados frágiles.  
 CON. La expresión es fina!  
 FER. Y los maridos son con harta frecuencia tontos.  
 CON. Maravilloso! De suerte que ahora no querrá usted rendirme sus homenajes?  
 FER. Naturalmente, habiendo cambiado la temperatura...  
 CON. Vea usted como es difícil entenderse! Si yo por mi parte, hubiera reflexionado también, y me hubiese dicho... «el caballero don Fernando, no es bonito... es verdad.»  
 FER. Qué?  
 CON. «No es ni amable, ni divertido, ni tiene talento.»  
 FER. Permítame usted, esa apreciación á vista de pájaro...  
 CON. Tiene todo lo que es necesario para hacer de él un marido; y en razon de sus cualidades negativas, me decido á otorgarle mi mano.  
 FER. Usted se decide?  
 CON. Digo... «Si me decidiese...»  
 FER. Es una pregunta?  
 CON. Simplemente.  
 FER. (aparte.) Que te pierdes, Fernando! (alto, con fatuidad.) En ese caso, yo veria, me consultaria, y pediria á usted algun tiempo para reflexionar, para sondear mi corazón.  
 CON. (mirándole fijamente.) Y si yo exigiese una respuesta inmediata?  
 FER. Seria una atrocidad! A un hombre se le dá tiempo para reconocerse... cuando va á esclavizarse por toda la vida. Qué diablo! Es un sacrificio, y por mucha prisa que usted tuviese...  
 CON. Y si no me agradase dar un plazo?  
 FER. Entonces, señora, me veria forzado, me encontraria en la obligacion de...  
 CON. De?  
 FER. De.. de... (con esfuerzo.) De rehusar!  
 CON. (picada.) Muy bien! (vá al velador de la derecha y toca la campanilla.)  
 FER. (aparte.) Uf! ha sido rudo, pero estoy contento de mi mismo!  
 CON. (á la doncella que entra por el fondo.) Acompañe usted á este caballero.  
 FER. (aparte.) Cómo! Me pone á la puerta! (alto.) Señora, mi intencion no ha sido... antes por el contrario...  
 CON. (á la doncella.) No ha oido usted? (la doncella toma el sombrero de Fernando y se lo presenta.)  
 FER. (tomando el sombrero, y saludando respetuosamente.) Obedezco, señora. (aparte.) Me he lucido! Oh! tendré una esplicacion con mi pérfido amigo. (sale por el fondo, seguido de la doncella.)

ESCENA XIV.

LA CONDESA, sola.

Que humillacion! Apenas he podido dominarme! Veo bien de dónde parte el golpe... El señor capitán de artilleria ha convertido á ese tonto insolente. Un hombre que me adoraba hasta la saciedad!... Un ente que estaba todo el día á mis pies! Pues bien, á pesar del orgullo que ostenta el jóven Marte... caerá en mis

redes para satisfacer mi amor propio ofendido! Oh! sucumbirá! Sucumbirá!  
 ESCENA XV.  
 D. CARLOS, LA CONDESA.

CAR. (entrando muy de prisa por el fondo, con el sombrero puesto.) Perdone usted, condesa... (busca en todas partes con ansiedad.)  
 CON. (aparte.) Otra vez!  
 CAR. No se moleste usted... En dónde diablos lo habré puesto?  
 CON. Qué busca usted?  
 CAR. Nada, el sombrero. Estoy seguro de que lo he dejado aquí...  
 CON. El sombrero lo tiene usted en la cabeza.  
 CAR. Y es cierto! Otra distraccion! (quitándoselo.) Creia haberlo perdido...  
 CON. La cabeza es la que ha perdido usted.  
 CAR. Mire usted, empiezo á creerlo... Puesto que hallé el sombrero, me retiro, señora; tengo el honor... (se aleja un poco.)  
 CON. (pasando á la izquierda.) Toda vez que está usted aquí, quédese... No hace usted mas que subir y bajar, y es ocupacion harto molesta para el pecho.  
 CAR. Y el mio, que está algo delicado...  
 CON. Será esta la tercera visita. (se sienta junto al velador de la izquierda.)  
 CAR. (poniendo el sombrero sobre el velador de la derecha.) No sé como expresar á usted mi gratitud. (Uleva rodando el sillón ó butaca que está junto al velador de la derecha, al lado de la condesa y se sienta.)  
 CON. Dígame usted, vecino, sabe usted la epidemia que corre?  
 CAR. El cólera?  
 CON. No.  
 CAR. Las viruelas?  
 CON. No, es mucho mas grave; la impertinencia.  
 CAR. Es posible!  
 CON. Y su amigo de usted, Fernando, acaba de sufrir un ataque muy peligroso.  
 CAR. (levantándose.) Ah! corro á informarme.  
 CON. Es inútil; yo puedo dar á usted noticias... Cree usted que me ha dicho una multitud de cosas muy inconvenientes?  
 CAR. Qué extraño! Un abogado no puede tener los modos de...  
 CON. De un capitán de artilleria?  
 CAR. Esactamente.  
 CON. Si, no ha frecuentado los cuerpos de guardia, pero no sé dónde ha ido á procurarse las doctrinas que acaba de revelarme respecto al matrimonio y las mugeres; doctrinas verdaderamente...  
 CAR. Absurdas?  
 CON. Las doctrinas de usted!  
 CAR. (fingiendo asombro.) Señora!  
 CON. Ya vé usted si el mal hace progresos... Ha llegado hasta rehusar mi mano!  
 CAR. Vea usted una cosa que yo nunca hubiera hecho.  
 CON. Lo creo; de modo que estoy sin marido...  
 CAR. Si á usted le fuese indiferente...  
 CON. Ya vé usted, quien ha de presentarse...  
 CAR. Pudiera ser que á falta de un marido que viviese con los defectos de usted, hallase usted otro digno de sus cualidades.  
 CON. Mis cualidades? Pues qué, las tengo?  
 CAR. Lo he dicho?  
 CON. Con todas sus letras.  
 CAR. Se me ha escapado.



CON. No importa; reconoce usted, por fin, que puedan tenerse buenas cualidades?

CAR. Oh! Hay escepciones... Cuando se reune á los encantos del talento, los atractivos del rostro; cuando se posee una distincion nada comun, una sonrisa encantadora...

CON. Y en dónde ha hallado usted todo eso?

CAR. En... en usted.

CON. Con que ahora soy linda?

CAR. Lo ha sido usted siempre.

CON. No tengo ya aire de dueña?

CAR. Oh! señora!

CON. (sonriéndose.) Como se rejuvenecen las personas! Me parece que en este momento me está usted viendo con microscopio.

CAR. Para verla á usted, no necesito yo cristales.

CON. Sabe usted, que está casi galante? Qué milagro! Decididamente las costumbres varian!

CAR. Es que tal vez estoy curado de la enfermedad reinante!

CON. En tan poco tiempo.

CAR. Acaso ha hecho usted una cura maravillosa.

CON. Sin ser facultativo?

CAR. Tal vez por eso mismo.

CON. Pues no vaya usted á esparcir la noticia; se me van á revelar todos los compañeros!

CAR. (levantándose y retirando la butaca.) Callaré el milagro de mi cura.

CON. Pero necesito una prueba para creer...

CAR. Qué prueba quiere usted?

CON. Una profesion de fé; la confesion de sus faltas, y el reconocimiento de la perfeccion de todas las mugeres!

CAR. De todas!

CON. Vacila usted?

CAR. No, señora, pero no sé cómo...

CON. Ante todo, arrodillese usted.

CAR. Con ambas, ó con una?

CON. Con ambas! El pecado es mortal! (Ya es mio!.)

CAR. (poniendo una rodilla en tierra.) Ya estoy á los pies de usted.

CON. Falta aquella.

CAR. Si? (se mira.) Es verdad. (pone en tierra la otra rodilla.) Ya está!

CON. (aparte, con orgullo.) Triunfé! (alto.) Ahora repita usted: «Abjuro de mi heregia y reconozco mis faltas.»

CAR. (con humildad cómica.) «Abjuro de mi heregia, y reconozco mis faltas.»

CON. «Pido perdon á las mugeres de todo el mal que he dicho de ellas.»

CAR. (id.) «Pido perdon á las mugeres por todo el mal que he dicho de ellas.»

CON. «Y prometo, en lo porvenir, respetarlas y adorarlas!»

CAR. (con pasion.) Y no amar mas que á una sola! A usted, á quien voy á querer y adorar eternamente!

CON. Qué está usted diciendo?

CAR. Que soy un culpable convertido por usted, cuyo perdon imploro! (se apodera de la mano de la condesa y la colma de besos.)

CON. (queriendo retirarla.) Qué está usted haciendo?

CAR. Me mortifico, señora; es mi penitencia! (empieza de nuevo.)

### ESCENA ULTIMA.

Dichos, D. FERNANDO.

FER. (entrando por el fondo.) Necesito una explicacion y la tendré! (vién losos.) Cielos!

CAR. Querido, llegas á tiempo, para ser testigo de mi felicidad. (se levanta; la condesa se levanta tambien.)

FER. De su felicidad? Qué quiere decir esto? Mi vida tiene por objeto justificarme con la condesa, porque he sido un tonto...

CAR. Es verdad.

FER. Vete al diablo! Condesa, sepa usted que él fué quien me dijo, que haciendo la oposicion, se lo graba...

CAR. Vaya, vaya! Estas completamente loco.

FER. Tú si que me estas volviendo...

CAR. Mira, el amor te ha trastornado. Vete á Leganés, y si dentro de dos ó tres meses te has curado, podrás ser mi ayuda de cámara... si es que mi dulce esposa lo permite.

FER. Su dulce esposa! Ahora caigo! Yo he sido la víctima.

CAR. (mirando á la condesa.) Yo tambien lo he sido.

CON. Todos hemos sido victimas, porque todos nos hemos hecho la oposicion.

FER. (aparte.) Se casan! Esta es mi venganza!

CON. (al público.)

Me ha dicho el autor que aqui no demande aprobacion; hagámosle oposicion dando un aplauso por mí.

FIN.

MADRID, 1855.

IMPRESA DE VICENTE DE LAJAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.